



realidad de la mujer inadaptada y marginada. Su aportación de datos —y estas páginas, basadas en buena parte en ellos lo confirman— han sido, en general, seria, voluminosa e importante. Lástima que no hayan sido publicados para general conocimiento —las conferencias pronunciadas por buena parte de sus autores en diversas localidades provinciales, aún necesarias y convenientes, no alcanzan tan amplio objetivo—; sirva, en cierta medida este trabajo como aportación en tal tarea divulgadora.

Otras actividades concebidas y realizadas en el marco de la celebración han sido —como acaba de apuntarse— las conferencias pronunciadas por los miembros de las ponencias. Un total de quince charlas han sido dictadas. También hay que anotar cuatro mesas redondas sobre el papel de la mujer en la ciencia, la pintura, la música y la literatura. ¿Que faltan quizá realizaciones prácticas? Mucho es de temer que, en general y excepciones —que las ha habido— aparte, el mal sea universal.

Siempre el campo y la ciudad

Vamos ya con nuestra protagonista. Lo primero, separar. Por un lado, la mujer rural; por otro, la ciudadana. La diferencia entre ellas es radical. Si en el ambiente urbano la mujer tiene, teóricamente al menos, a su alcance una serie de posibilidades educativas, profesionales y de participación, en el campo la situación resulta tristemente otra. Ello, unido a las desiguales condiciones y calidades de vida y trabajo, hace que ambas situaciones se coloquen casi como polos opuestos. Mientras que la población femenina de la capital y de algunos de los principales núcleos urbanos provinciales suele dedicarse —aparte un cierto y reducido número presente en lo que estadísticamente se califica como pobla-

ción económicamente activa— a las denominadas “faenas del hogar” (en su señalado papel de “amas de casa” —con más de casa que de amas, por supuesto—), la mujer rural, por el contrario, conlleva junto a tal tarea la realización de una serie de faenas agrícolas, campo, animales, etc., muchas veces bajo condiciones extremadamente duras, al tiempo que, en muchas ocasiones administra la economía familiar. Si a ello unimos el que, generalmente, los medios mecanizados de que dispone en su hogar, son comparativamente inferiores en número y eficacia a los de la ciudadana, y que su misma exhaustiva y nunca detenida actividad le veda por lo común el mantenimiento de relaciones sociales permanentes con sus compañeras fuera de las ocasionales conversaciones mantenidas con las vecinas al par de su labor, o las regañinas a sus hijas, frente a las oportunidades de codeo social propias del centro urbano, hay que constatar que, pese a tabúes, marginaciones, trabas y zancadillas la mujer ciudadana resulta privilegiada frente a la perteneciente a los pequeños núcleos rurales de la Mancha, la Sierra o la Alcarria.

Muchos de los datos usados en este apartado pertenecen a 1970. Ciertamente es que han pasado cinco años desde entonces, pero también que, realmente la situación, en sus rasgos principales no parece haber variado excesivamente de entonces acá en este apartado a comentar de la mujer y el mundo laboral. Si ustedes quieren, mejoren un poco las cifras, no por ello la situación dejará de ser menos preocupante.

Reconociendo que la labor efectuada dentro del hogar, tarea que suele recaer casi absolutamente, dentro de la tradicional estructura familiar omnipresente entre nosotros, por no decir exclusivamente sobre la mujer casada, lo que, de rechazo implica que encuentre muchos más impedimentos en su emancipación que la soltera o la viuda, reconociendo, repetimos, que tal labor es tan trabajo como el que más, vamos a atender, para entendernos (y teniendo en cuenta además que la faena ejecutada fuera de casa, aunque en ocasiones sea una esclavitud más impuesta por la necesidad económica, suele ser muchas veces signo de relativa liberación o realización personal) a lo que se denomina como población económicamente activa. Aún teniendo en cuenta que mucha de la labor agrícola realizada por mujeres en nuestra provincia se enmascara bajo la engañosa condición de “ama de casa”, la desproporción entre ambos sexos es tan radical que no precisa de comentarios. Sobre un total de 80.392 trabajadores existentes en 1970, tan sólo 9.396 eran mujeres. La diferencia existente en la zona urbana —2.019 mujeres frente a 8.450 hombres— crecía alarmantemente en la zona intermedia —2.397 y 23.016 respectivamente— y en la rural —4.980 y 39.530.



AL SOL DEL ATARDECER. LA COSTURA. EN LA ACERA.

JOSE LUIS PINOS